

ció Martín restregándose los ojos con los puños, tropezando con los quicios de las puertas, y arastrando los pies como si cada uno le pesara una arroba. María de la Paz lo vió, y acudió á él, le quitó las manos de la cara, y mirándolo fijamente, le dijo :

—Ahora, Martín, ya puedes reírte todo lo que quieras.



CAPÍTULO III.

LAS DOS HERMANAS.

DE la manera que sucintamente queda relatada, se unieron en las personas de Martín y María de la Paz las ilustres familias de Cañizares y Pacheco. Y no se dirá que tan ruidosa boda vino á ser el término de un drama interesante, ni siquiera de un tierno idilio. No hubo entre ellos más promesas que las que mutuamente se hicieron al pie del altar, y puede decirse que no fueron novios más que el día de la boda. Después de haber pasado la vida juntos, se encontraban al volver la esquina del matrimonio como si nunca se hubieran visto, como dos pájaros en el aire, como dos nubecillas en el cielo, como dos flores en un mismo tallo.

Nada tenían que confiarse de la vida pasada; ni deseos ni esperanzas, ni celos ni desdenes. El amor empezaba en ellos precisamente donde tantas veces acaba; empezaba en el mismo día de la boda.

Ningún esfuerzo tuvieron que hacer aquellos corazones para acercarse y para unirse; vírgenes uno y otro, nada tenían que descubrirse ni nada que ocultarse; el último Cañizares y la última Pacheca se encontraban sin haberse buscado; nunca pensaron en casarse; pero una vez unidos por el vínculo del matrimonio, se hallaban como el pez en el agua, y se veían como hechos el uno para el otro, sin haber caído antes en la cuenta. La poesía enfermiza, escéptica, llorona y patibularia de nuestros tiempos pasaría junto á esta pareja sin advertirla, porque la estética trascendental que nos domina necesita como primera materia algún crimen que justificar, alguna pasión desordenada que enaltecer, algún vicio siquiera que redimir, ni más ni menos que si las deformidades morales fuesen ya el único objeto del arte y el único encanto del genio.

Como no hay en el mundo dicha cumplida, antes de que terminara el año de la boda, la madre de Martín cayó enferma; y aunque la dolencia no presentó síntomas alarmantes, ella

se dió por muerta, y aprovechando una ocasión oportuna, atrajo hacia sí á María de la Paz, que no se separaba de la cama, y le dijo:

—Mira, hija mía; este es el mundo: hoy uno, y mañana otro. Óyeme: tú eres buena, y Martín es un cordero; yo lo quería para canónigo; pero Dios ha dispuesto otra cosa, y está en buenas manos. Á ti te lo encomiendo; eres su mujer; sé también su madre, porque los hombres no acaban nunca de ser niños. Háblale de mí todos los días para que no me olvide..., y guarda esas lágrimas, porque empiezas á vivir ahora, y ya verás si tienes en qué emplearlas. Ahora, con mucho disimulo, le dices al señor cura que entre, y nos dejas solos.

Cuando el buen Cañizares se enteró de que su mujer estaba resuelta á morir, se llevó las manos á la cabeza, exclamando:

—¡Malo!... ¡Malo! La conozco, y si se le ha metido en la cabeza, lo hará. Lo de siempre...: hay que engañarla.

Y, dicho y hecho, se entró de sopetón en el aposento de la enferma, diciendo:

—¡Válgame Dios, Juana! ¿Qué prisa es esta? ¿Te parece á ti que no hay más que decir ahí te quedas, mundo amargo? Espérate; pronto vamos á ser abuelos, y yo no me he de quedar aquí para simiente. Vamos, di: ¿qué locura es esta?

Juana alzó los párpados que la muerte empezaba á cerrar, y miró á su marido con triste sonrisa : la afligía dejarlo, y al mismo tiempo se alegraba su alma al ver en los ojos del Sr. de Cañizares dos lágrimas como dos garbanzos: aquel sentimiento era su consuelo. Así, hasta el último momento de la vida, suelen acompañarnos la alegría y la pena.

Sin duda comprendió la enferma que debía abreviar tan doloroso trance, y oprimiendo ligeramente la mano de su marido, que tenía asida, cerró los ojos para siempre.

—¡La Unción!...—dijo el señor Cura.

Y todos los circunstantes rodearon la cama, cayendo de rodillas.

Salió el duelo de la casa, y se extendió por el pueblo, y el luto se esparció por toda la comarca, pues los colonos y labradores de las dos familias pusieron en sus vestidos negras señales de tristeza.

—¡Ha muerto!—decían unos.

—Sí (contestaban otros); pero ha muerto como una santa.

Cañizares sollozaba como un chiquillo, y siempre decía lo mismo :

—¡Terca! ¡Terca! (exclamaba.) Es la primera jugarreta que me ha hecho en veinticinco años de matrimonio.... No ha querido esperarme....

Bien; quiere decir que yo apretaré el paso. ¡Qué he de hacer yo solo en este valle de lágrimas! ¡Parece mentira!: es la única vez que no he podido engañarla.

Todas las tardes daba su vuelta por el cementerio, unas veces solo, otras con el señor Cura, otras con su hijo y con el señor Cura. Á los tres, vestidos de negro, se les veía al oscurecer salir del camposanto, lo mismo que tres sombras. Se había advertido que el viudo iba muy de prisa y volvía muy despacio; y el pueblo, que encuentra siempre el nombre propio de las cosas, le había puesto *el novio de la muerte*.

Y, en efecto, Cañizares iba de prisa hacia el cementerio; en su genio pronto y ejecutivo no cabían dilaciones; había dicho que apretaría el paso, y lo apretaba. Nada hacía para no vivir, solamente esperaba á la muerte, y como no llegaba pronto, él iba á buscarla todas las tardes.

Un día llamó á su hijo, y poniéndole las manos sobre los hombros, lo miró fijamente, diciéndole :

—Martín, no olvides nunca que eres Cañizares. Ese nombre que honradamente recibí de mis padres y honradamente te confío, te obliga á ser mejor que los demás hombres. Eres noble por los cuatro costados; pero ten siempre presente que los pobres son tus hermanos. El que tiene

hambre tiene tanto derecho como tú al pan que te comes. Esa es la ley que Dios nos ha impuesto. No adules al poderoso, porque te envileces; no ultrajes al desvalido, porque te infamas. Los que labran tus tierras, y vendimian tus viñas, y trillan tus mieses, son, como tú, hijos del que todo lo ha creado; no los oprimas, no los estreches, no los angusties, porque sus brazos son tu sustento. Los despilfarros arruinan; pero la avaricia será siempre odiosa. Eres fuerte, te sobran puños y no te falta corazón; ayuda al que trabaja, y ampara al menesteroso. La ley divina nos obliga más que las leyes humanas; primero Dios, y luego el Rey, porque antes has sido hombre que súbdito. Respeta para ser respetado. No imites jamás el ejemplo de esa nobleza opulenta que se degrada en las disipaciones de las grandes ciudades; es árbol seco que no da ya ni sombra; es la plebe de la antigua nobleza. Si deshonoras mi nombre, te maldeciré, sea donde quiera donde me encuentre, y tu madre no será bastante á taparme la boca. Cañizares siempre, nunca palaciego.

Dicho esto, abrazó á su hijo y le volvió la espalda, limpiándose los ojos con el revés de la mano.

La muerte, que se había llevado á Juana, vino al fin por Cañizares, y ella, que los había sepa-

rado, los unió de nuevo en el cementerio bajo la humilde bóveda de una misma sepultura.

Y el caso es que á la Pacheca le entró también la nostalgia de la otra vida; y aunque aseguraba que estaba resuelta á vivir hasta el último día de su vida, siempre andaba á vueltas con el otro mundo. Alguna vez se desprendían de sus ojos lágrimas como cuentas de rosario; pero la habitual jovialidad de su semblante no se alteraba, ni su apetito disminuía, ni su salud daba señales de tener con la vida resentimiento alguno.

En esto María de la Paz dejó entender que un ser desconocido y nunca visto, que hacía nueve meses llevaba ella en su pensamiento, llamaba con cierta prisa á las puertas del mundo, y cate V. á la casa toda puesta en movimiento. Unos suben, otros bajan, entran y salen, van y vienen. Los amigos llegan, los vecinos acuden. Cada uno trae su receta, su amuleto, su reliquia; la vela de San Ramón arde delante de una estampa del Santo; y en medio de dudas, de temores, de esperanzas, todos se miran y todos esperan.

—¿Cómo va?—pregunta una vecina que llega.

—Á escape,—le contesta otra vecina que sale.

—¡Silencio!—dicen de repente.

Y en medio del silencio se oye un gemido, el

gemido de un esfuerzo supremo; y después resuena distintamente el llanto de un niño. Todos respiran.

—¿Qué es?—Preguntan desde fuera.

—¿Qué ha de ser? (contestan desde dentro.)
Una niña como un ternero.

La ansiedad se convierte en gozo, en plácemes, en bendiciones y en alegría: sólo el que nace llora.

El bautizo se hizo sin fiesta, porque las casas de los Cañizares y de los Pachecos estaban de luto; pero tan triste circunstancia no impidió que la iglesia se llenara de gente. La madrina levantaba el velo que cubría á la recién nacida, y las mujeres se arremolinaban alrededor por verla, y se santiguaban llenas de asombro, porque jamás habían visto una criatura más hermosa.

Tenía los grandes ojos negros de su madre, una boca como un madroño, y una blancura que excedía á la de la misma nieve.

—Es muy hermosa (decía una mujer del pueblo contemplándola). Dios la bendiga; pero está muy seria. No parece que ha venido al mundo muy contenta.

—Yo de su madre (añadía otra), hubiera hecho hincapié en que fuese muchacho.

—¡Toma, toma! (replicó una tercera). Al que

le dan no escoge; y todo se andará, que en buenas manos está el pandero.

Por lo que hace á la viuda de Pacheco, reventaba de satisfacción, y no ocultaba su alegría, diciendo á boca llena á todos los que querían oirla:

—Aquí me tienen Vds.; ya soy abuela.

Desde este momento, se puede decir que la viuda desapareció del siglo; entregó á su hija las llaves de los graneros, de las despensas, todo el pequeño archivo de sus cuentas domésticas y de sus apuntes caseros, y renunciando á la actividad previsora de ama de casa, que había sido la única vanidad de su vida, se consagró al cariño y al cuidado de la recién nacida. Abdicó en su hija para no pensar más que en su nieta.

Muchas veces, sentada junto á la cuna y meciendo á la niña dormida, hablaba sola y se decía á sí misma:

—¡Vaya V. á entender estas cosas! Un ángel del cielo deteniendo á una pobre mujer en la tierra. Porque, eche V. por donde quiera, yo me encontraría muy á mis anchas á la hora presente descansando de la barahunda de este mundo; pero, ¿quién se muere cuando esta cara de serafín me sale al camino y me corta el paso? ¡Vamos!: sea lo que Dios quiera; no hay más remedio que seguir viviendo.

En rigor no puede decirse que la abuela se rejuveneciese por la especial virtud del nacimiento de la nieta; pero era indudable que había retrocedido muchos años en su vida, y que, sin perder las señales exteriores que el paso del tiempo iba marcando en su persona, bien dejaba traslucir que había vuelto á la primera edad. El alma, sobreponiéndose á los deterioros del cuerpo, parecía también que acababa de venir al mundo; todos sus pensamientos eran infantiles; habría dado la mitad de su hacienda por un juguete, y la mitad de su vida por una sonrisa de aquella niña, que, avara de sus gracias, sonreía muy pocas veces. Pasaba las horas muertas meciéndola en su anchuroso regazo, enseñándole con incansable paciencia el *pon, pon*, ó cantándole los *cuatro lobitos*. Sus conversaciones con la nieta eran interminables. ¡Qué cosas le decía! ¡Qué cosas le contaba! Y para hacerse entender más fácilmente, le hablaba en esa media lengua con que los niños balbucean las primeras palabras. Adivinaba sus deseos, y se anticipaba á sus caprichos. Eran dos niñas, una que empezaba á envejecer y otra que empezaba á vivir. De esta manera se unían la mañana que despunta y la tarde que cae, la infancia que florece y la ancianidad que se deshoja, la cuna y el sepulcro. La niña se llamaba Aurora; Cruz la anciana.

La munificencia de la abuela no conocía límites: le otorgaba á manos llenas las más altas jerarquías, los más grandes honores, los títulos más retumbantes. Era ángel de gloria, estrella de la mañana, reina, princesa, emperatriz, grano de oro, rayo de sol, mañana de Abril, botón de rosa.... Y si el entusiasmo subía de punto, añadía unas veces, *madre del cielo*, y otras, *hija del Obispo*. La niña atraía ciertamente las miradas con su belleza y los corazones con su inocencia; pero la pasión de la abuela por la nieta se imponía á todas las voluntades, y no había más remedio que adorarla, complacerla y bendecirla. Aún no hablaba, y ya era el oráculo de la familia, porque todos estaban pendientes de sus sonrisas ó de sus lágrimas; aún no tenía deseos, y ya ejercía el imperio de sus caprichos. La niña lo resumía todo; no había otra cosa de que hablar en la casa, ni otra cosa que ver en el pueblo; traía al mundo revuelto; desde que había nacido, nadie vivía.

Martín dirigía la doble hacienda de las dos casas, reunidas en una misma familia; y María de la Paz, puesta al frente de los quehaceres domésticos, era á la vez madre de familia y ama de llaves. El último descendiente de la ilustre casa de los Cañizares no se desdeñaba de presenciar las faenas del campo, de ayudar con sus

33850

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

propias manos á los trabajadores, de sentarse á la mesa de sus colonos, de partir con ellos el pan, la fatiga y el descanso. Era el padrino nato de todos los bautizos y de todos los matrimonios de sus labradores; dirimía sus contiendas, apaciguaba sus enemistades, socorría á los enfermos y acompañaba á los muertós hasta dejarlos en la sepultura. María de la Paz, por su parte, hacía más que todo eso: le quitaba el pecho á su hija para dárselo al primer pequeñuelo que lloraba en la cuna lejos de su madre; así es que les seguían por todas partes cariño, bendiciones, respeto y alabanzas. Eran los señores feudales de aquellos corazones sencillos; reinaban, en fin, por un derecho, cuya legitimidad no será jamás discutida.

Á los dos años de haber nacido Aurora, según decía la abuela, ya estaba otra vez la pelota en el tejado; y si María de la Paz no daba un cuarto al pregonero, tampoco hacía empeño en ocultar que, en efecto, había moros en la costa. Fué preciso despechar á Aurora, que aún mataba; la abuela no podía llevar con paciencia esta usurpación, y hablando con la nieta, le decía:

—¡Qué padres tienes, hija! ¡Qué padres! ¡Vaya una prisa de traer á la casa quien te quite el pan de la boca!

La noticia de que iba á aumentarse la familia no sorprendió á nadie; la cosa se caía de su peso, y se esperaba; solamente la abuela no contaba con que había de venir un nuevo vástago á disputarle á Aurora el privilegio de ser única, y llamaba á su hija madrastra precisamente porque iba á ser dos veces madre.

¿Qué sería? En este punto se hallaban conformes todos los deseos, y había unanimidad de pareceres. Un Cañizares era lo que hacía falta en la casa; después de una niña, un niño; ¿qué cosa más natural? Eso se ve todos los días; y, ¡es claro!; los hombres van siempre detrás de las mujeres. Era un niño sin duda ninguna; las doctoras en esta materia habían descubierto señales inequívocas, y una gitana, viendo á María de la Paz, había dicho: «Buena estrella; el sol nace después de la aurora.» Con semejantes datos se tenía por cosa segura que sería niño el huésped que se esperaba. Á Martín le sonreía la idea de un muchacho sano, fuerte y robusto á quien legar su nombre; María de la Paz se gozaba en su interior pensando en un pequeño Cañizares, que había de ser forzosamente el vivo retrato de su padre; hasta la misma abuela, visto lo inevitable del caso, prefería que su preciosa nieta tuviese un hermano más bien que una hermana.

De tejas abajo estaba decidido que el segundo fruto de este matrimonio había de ser varón; ninguna ley de la naturaleza se oponía á ello, y lo era ya por aclamación. Aún no había nacido, y ya se buscaba el nombre con que había de ser conocido en el mundo; y como lo que se busca con más afán no es lo que más pronto se encuentra, se repasó muchas veces el almanaque, sin que se diera con un nombre á gusto de todos.

De repente corrió por la casa la fausta noticia. «Ya está ahí,» dijo uno, y «Ahí está,» repitieron todos.

En efecto: los gemidos de un llanto sin consuelo anunciaron que un nuevo ser acababa de entrar en el mundo.

Pero ¡qué desencanto!.... No era varón; ¡era otra niña!.... Martín se encogió de hombros, como quien dice «¡Paciencia!» María de la Paz la acogió en su regazo y la aplicó á su pecho, como diciendo: «¡Bah!.... También es mi hija.» Y en aquel momento, oyendo la abuela llorar á Aurora, salió en su busca; y rodeándola con sus brazos, como si quisiera defenderla de alguna desgracia, la besó, diciéndole:

—No, hija mía, no llores; tú sola eres mi nieta.

Á las gentes de la casa parecía que se les ha-

bía caído el alma á los pies. Experimentaban el desaliento que origina el desengaño. «¡Otra niña! ¡Ni al demonio se le ocurre!.... Esto va á ser un convento de monjas.»

—¿Qué nombre se le pone á la recién nacida?

—¡Nombre! Uno.

—¿Cuál?

—Uno cualquiera. ¿Qué más da un nombre que otro?

Se consultó al Almanaque; había nacido en el día de San Bernardo, y se la bautizó con el nombre de María Bernarda.

Es verdad que la segunda hija de Cañizares no era tan hermosa como la primera; en este punto la ventaja de Aurora resultaba incontable, y la abuela se complacía en hacer ver la diferencia á todo el mundo. ¡Pobre niña! ¿Qué daño había hecho para ser recibida con tanto despego? ¿Comprendía ella algo del efecto que causaba su presencia? Seguramente no; pero es el caso que su boca sonrosada sonreía á todo el que la miraba. Las sonrisas que su hermana escaseaba tanto, ella las tenía siempre en la boca.

Un día, la niñera encargada del cuidado de Bernarda la acercó á Aurora, que jugaba sobre las rodillas de su abuela. Las dos hermanas se encontraron frente á frente, y la menor tendió los brazos como si quisiera abrazar á su herma-